



Centro de Escritores Ing. César Cipolletti
 Av. Fernández Oro y Miguel Muñoz - 8324 - Cipolletti - Río Negro

TE. 0299 - 4775666 - Pascual Marrazzo - pascual@moviman.com.ar



En el cuento la brevedad es una virtud y si ese logro del creador está acompañado por desarrollos acertados acerca de conductas humanas nace un elogio legítimo. Leyendo a PASCUAL MARRAZZO vemos a sus personajes y los sucesos por él narrados destacándose la ternura y el respeto con que el escritor describe a sus criaturas con un realismo útil a la obra.

Muchos dirán al final de cada relato que MARRAZZO es un artista talentoso, capaz de atraparnos con estas miniaturas vitales, coloridas e irónicas.

Correspondencia con el autor:

Av. Alem 1169

(8324) Cipolletti - Río Negro - Argentina

Tel. (0299) 478 1946

Artistas recién publicados:

Joaquín Balaguer

Adolfo Pérez Zelaschi

María Cristina Giuntoli

Carlos Ma. Romero Sosa

Nélida Violeta Grau

Ricardo Rubio

Carmen Hebe Tanco

Director - propietario de la colección:

Carlos Pensa

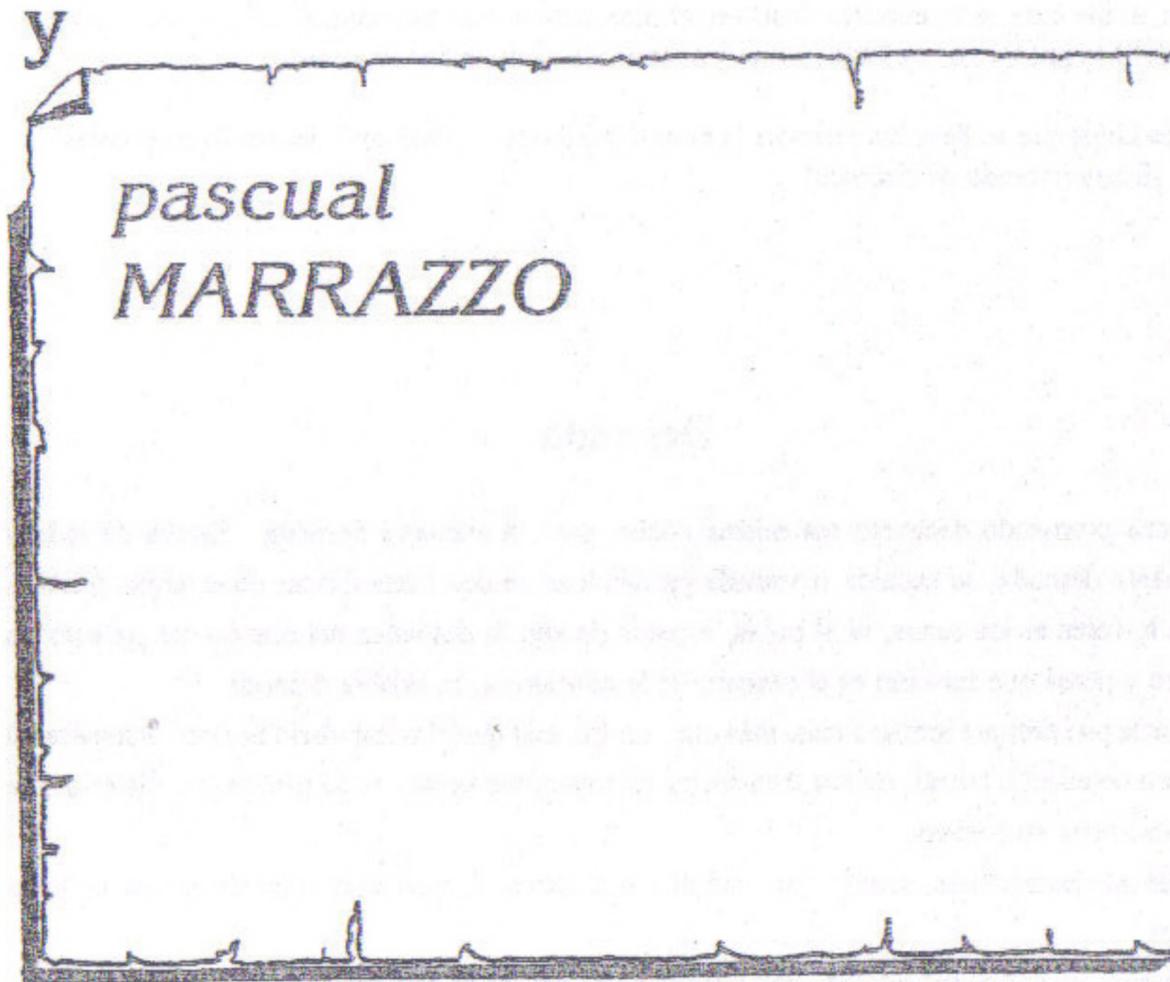
Corrientes 2963, 1° "G"

1193 - Buenos Aires - Argentina

carlospensa@infovia.com.ar

47

todo es **Cuento**®



Coleccionable →

Mayo de 2003

P. M.

Diálogo

Tenés que dialogar - me dice Luisa -- no podés seguir así.

Y yo trato, hablo hasta por los codos, pero él no me contesta y sigue leyendo el diario y yo le tengo paciencia y espero que lo lea todo. Espero, pero él se levanta satisfecho, aspira el aire y prende la tele y yo... yo estoy por explotar, voy a gritar, el aceite me espera caliente en la sartén y voy poniendo las albóndigas que una a una me van diciendo: ssssss, ¡Qué me calle! Y las lágrimas salen crujiendo desde mis ojos y se hace el milagro. Él habla, grita, discute, cambia impresiones con el locutor del partido de fútbol que está mirando y pienso «y si me pongo a jugar a la pelota, qué ridícula y si me desnudo en la cocina y lo interrumpo con el cigarrillo en la boca. Me desnudo sí, pero el cigarrillo no, me da vergüenza».

Al fin me desnudo y empiezo a limpiar el piso, refriego y refriego el trapo gris, lo llevo hasta debajo de sus zapatos. Él levanta los pies, pero no me mira, no se da cuenta que estoy sin ropa. Tocan el timbre, ni me mira ni se inmuta. Insisten, el timbrado es más prolongado, se oye más fuerte. -- ¡Atendé! Me grita y yo, yo hago coraje y atiendo desnuda, para vengarme..

Pero es Luisa que se lleva las manos a la boca y pregunta -- ¿Qué estás haciendo en pelotas?.. Estoy ¡Estoy tratando de dialogar!

Desnuda

Me había prometido decirselo esa misma noche, pero la encontré dormida. Estaba de lado y totalmente desnuda, su espalda terminaba partiéndose en dos hasta formar unas largas piernas. No se le veían ni los senos, ni el pubis, a pesar de ello la desnudez del cuerpo me pareció un descaro y pensé que también es el descaro de la conciencia, la palabra desnuda.

Aunque la piel siempre impacta más, más que la ropa, más que el vocabulario florido. Altanera tal vez pero no miente, cuanto más se transforma en sugestivas versiones de sueños, de misterios, de provocaciones pudorosas.

Al igual que las palabras, cuando cambian de tono, abren un paréntesis, o arrastran una melodía sensual.

Es solitaria, no por su privacidad, sino porque nadie repara en el medio en que se encuentra. Es más fuerte, más pura y flota, flota igual que la palabra desnuda del adiós.

El enfermo de la cama 13

La mente del enfermo era un torbellino afebrado, no podía abrir los ojos y menos dejar de pensar en su agónica lucha.

«Me estoy poniendo viejo, si no hago algo me muero» -- dijo Girondo, pero una cosa es ponerse viejo y otra saber que uno se está muriendo. Para colmo en una puta cama número trece y llena de antecedentes nefastos. Claro que hay milagros de Dios y si el cirujano no puede y si los rayos no matan. Entonces, como una marioneta uno se agarra de los hilos que puede. Solamente hace falta fe para que estos no se corten, colgarse y moverse de alguna forma, moverse para sentirse vivo, para que los demás te vean. Tomarse fuerte y tirar para encontrar el paraíso, el perfume de aquella mujer que se fue antes que yo, sus pechos...

- ¡Doctor!, el paciente de la 13 se murió -- dijo la enfermera.
- Anote la hora en la planilla, si no después se va a olvidar.
- Fue cuando le estaba poniendo el suero, ¡me dio un susto!
- ¡Qué pasó!
- Me tomó de los breteles cuando me acerqué a sacarle el termómetro, casi me los arranca. Diga que aflojó y se murió.

No había dicho toda la verdad por pudor, porque el hombre le había alcanzado a besar los pechos. El médico pensó que con una enfermera como ella el enfermo hubiera podido hasta resucitar y le dijo en chanza de broma:

- Bueno, al menos murió en el intento.

Lo que ninguno de los dos podía imaginar es que el muerto había sido acompañado hasta el último suspiro por aquella mujer, que lo rescató de esta vida.

La Siesta

Mi Abuela regentaba una casona grande que había colmado de hijos. Después, cuando estos crecieron y buscaron su propio rumbo, ella la llenó de pensionistas que atraía con dos de mis tías solteras.

Como no era un conventillo, había reglas estrictas para cumplir. Una era la hora puntual de sentarse a la mesa y la otra, las horas de la siesta.

Yo solía pasar hasta más de un mes con mi Abuela, porque mi madre era bastante salidora y esas cosas. Así que por lo de sentarme a comer no me pesaba, al contrario, la Abuela sabía guisar. Lo que sí, la siesta era un suplicio para mí, a esa hora mi niñez quería desplegar las alas y no la dejaban. Me la pasaba observando el cielorraso, las telarañas, la araña en su columpio, las grietas del empapelado y cuanta cosa extraña apareciera a mi vista.

Un día, a consecuencia de mi vejiga hinchada y un viaje al fondo de la casa, descubrí que la siesta era solamente un telón; el telón de una obra teatral en la que todos querían ser protagonistas:

Mi Tía Rosa se acostaba con el panadero; un pensionista que repartía el pan de la Panificación Argentina y mi Tía Mercedes la espiaba con las manos entre las piernas.

De a poco fui descubriendo entre bambalinas un recorrido para hacer en puntas de pie. Carlino, un gordo reparador de cocinas y estufas a kerosene, arrimaba una silla al paredón del fondo para robar los limones del vecino. El flaco Billar, se subía a la terraza y bajándose los pantalones tenía la manía de tomar sol en las bolas, Reneé, la flaca que trabajaba en el «Marabú» cubría a escondidas la entrada de algún cliente y la Abuela gorda, que tantas veces había oído roncar, se me había enamorado de don Pablo, un viejo raquitico que la montaba sin dejar de sostener la pipa entre los dientes.

El asunto es que todo el mundo vivía la siesta a su modo..

Y yo..., despertaba.